

tapizados de cristalizaciones de azufre y de eflorescencias de alúminas reblandecidas; en su interior se experimentaba un calor bastante vivo; recogimos muestras de diversas sustancias y algunos fragmentos de obsidianas nitrosas. El cielo se mostraba puro, sin nubes y de azul oscuro; el aire soplaba moderadamente de Nordeste; la temperatura estaba á catorce grados y ascendia á nueve á la sombra. Hacia las diez nos molestaba el calor; algunos experimentaron dolor de cabeza. Despues de recorrer el cráter y sus contornos en todos sentidos, me detuve para contemplar el imponente golpe de vista que me ofrecia la parte del pico de Teyda que sobre la region de las nubes parecia aislado del mundo entero: disipándose de cuando en cuando aquellos vapores me permitian descubrir tambien la cadena de cráteres que gradualmente descenden hasta el mar. La hora del desayuno se echaba encima, antes de la cual ya todos experimentábamos escelente apetito; colocamos la empalizada en el punto culminante del Pico y alrededor todas las demas provisiones; á poco todo habia desaparecido: nunca almuerzo alguno pudo encontrarse mas exquisito; estábamos muy orgullosos de hallarnos en tal convite á mil ochocientas toesas sobre el nivel del mar, y aun pensaba en las gentes que envidiarian nuestra espedicion.

Terminado el almuerzo se ocuparon los mas en completar su coleccion mineralógica, y á medio dia, cargados de piedras y de nuestros útiles comenzamos á descender del Pilon, operacion que se hace con mas rapidez que se desea, y que dura escasamente diez minutos. Sin detenernos seguimos hasta *Estancia* donde llegamos á las dos en punto. Despues que todos los sabios de primer orden han visitado el pico de Teyda y de sus descripciones tan claras y satisfactorias acerca de su formacion, seria una temeridad aventurar ideas á este propósito, cuando ni aun tiempo tuvimos para examinarlo. Nuestro objeto fué medir con exactitud la altura de la montaña y hacer algunas observaciones de intensidad magnética.

Abandonamos la Estancia y continuamos rápidamente por las Gargantas, que no tenían ya para nosotros el interés que cuando subimos. A medida que descendíamos experimentábamos un cambio de temperatura y de atmósfera que nos causaba una sensación agradable. Sin embargo, por mas que alijéramos el paso nos sorprendió la noche en las regiones deshabitadas, siendo mas de las ocho cuando entramos en Oratava tal mente cansados, que apenas tuvimos ánimo para tomar un bocado antes de acostarnos.

Al dia siguiente partimos para Santa Cruz; nos detuvimos en Laguna para visitar dos iglesias bastante notables, y al medio dia entramos en Santa Cruz, término de nuestro viage, muy satisfechos de nuestra expedicion aunque muy cansados.

V.

NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

A consecuencia de haber restituido á la Francia en virtud de los tratados de 1814 y 1815, los establecimientos que poseia en el Senegal, dispúsose la salida de una expedicion á las órdenes de Mr. de Chaumareys, compuesta de la fragata Medusa, mandada por este oficial; de la corbeta Eco, de la gabarra Loire y del brick Argos, que partieron el 17 de junio de 1816.

Estos buques marcharon al principio en conserva, pero habiéndose adelantado á todos la Medusa, se encontró el 1.º de julio próxima al desierto de la costa de Sahara, pasó el trópico y siguió un rumbo que la aproximaba demasiado á tierra, aunque para ello se pretestaba que lo favorable de los vientos de-

jaban al comandante libre en su maniobra , y que el modo de hacer una travesía rápida era seguir la playa de tan cerca como fuera posible. Al deseo de llegar mas pronto iba unido el sentimiento de gloria de mostrar mas atrevimiento que los demas marinos , lo cual fué causa de que Chaumareys se empeñase irreflexivamente en el golfo de San Ciprian , no obstante los prudentes consejos de su teniente y de otros oficiales , que le demostraban en presencia del mapa , que el camino que seguia habia de conducirle al banco de Arguin.

Mr. de Chaumareys sirvió en la marina desde muy jóven; despues emigró , y pasó en la emigracion el tiempo que debió emplear en hacerse diestro navegante. En la época de la restauracion , fué repentinamente ascendido al grado de capitán de fragata , sin tener en cuenta su falta de práctica , imprudencia que debia dar su fruto.

El 2 de julio á las tres de la tarde , encalló la fragata , suceso que exaltó extraordinariamente el ánimo de las personas que habian previsto esta desgracia. Es verdad que Mr. Chaumareys desplegó mucha actividad para desencallar el buque; que se practicaron los mas grandes esfuerzos ; que todo el mundo cumplia su deber con valor , y que la fuerza de la tripulacion estaba casi duplicada con la concurrencia de los pasajeros y soldados destinados á la guarnicion de Gorea ; pero á pesar de todo , era aun para aquella situacion demasiado limitada la fuerza humana , así que luchó en vano contra los vientos que esterbaba la maniobra de las lanchas , y contra la rapidez de las corrientes que paralizaban la ejecucion de las órdenes de establecer las anclas de modo que se pudiera por su medio traer la fragata sobre los costados del banco donde hubiera flotado de nuevo. Despues de mil pruebas infructuosas , de mil trabajos , angustias y esperanzas defraudadas , obligó el extremo cansancio á dar treguas á todo. Durante la noche del 3 al 4 refrescó un poco el viento , y las oscilaciones de la mar contrariada por la direccion de las corrientes , formaban enormes olas que ro-

daban amenazando el banco Arguín. La fragata estaba aprisionada en un sitio elevado, contra el cual venia á estrellarse la ola, la que casi siempre pasaba por encima, empapando constantemente á la tripulacion y obligándola á cada instante á abandonar sus trabajos para asirse de un palo, de un cabo ó de lo primero que encontraba á mano para no ser arrebatados al mar.

Durante esta triste noche se entreabrió la fragata, y fué menester renunciar á toda esperanza de sacarla de allí, y no ocuparse mas que de la salvacion de la gente que tenia á bordo.

Se pensó en construir una balsa; idea buena, pero cuya ejecucion requeria mas disciplina y obediencia que la que reinaba á bordo, donde no inspiraba el carácter del gefe el respeto tan necesario en aquellas criticas circunstancias: por todas partes se oian exclamaciones de furor y desesperacion, que solo la presencia de espíritu del comandante hubiera podido reprimir á unos y avergonzar á otros: desgraciadamente los náufragos de la Medusa carecieron de este elemento indispensable de salvacion.

Entretanto, en medio de aquella anarquía, intentaron algunos hombres intrépidos y generosos organizar los trabajos; pero como carecian de la unidad que infunde la voluntad de un gefe, resultó mal liada y dispuesta la balsa, y que no se proveyera convenientemente. Efecto de una precipitacion mal entendida, cayeron al mar muchos sacos de galleta, que fueron muy echados de menos cuando comenzó á sentirse la escasez. Esta precipitacion innecesaria, fué la que mas contribuyó á completar la desgracia. Interin subsistiese la enorme masa de la fragata sirviendo de abrigo contra la impetuosidad del mar, ¿no habria tiempo de precaverse con sangre fria contra los peligros del porvenir? La balsa amarrada con anclas y sujeta á un costado de la fragata, ¿no hubiera podido proveerse en ella de las piezas necesarias y de los víveres que cada dia podian extraerse de su cala sumergida? De este modo se hubiera construido una especie de isla flotante, cuya presencia hubiera rea-

nimado el valor de la tripulacion y dado tiempo á esperar la completa destruccion de la fragata para refugiarse ya en la balsa ó en las lanchas.

La idea de que marchara aquella pesada máquina, necesariamente mal dispuesta para surcar las olas, fué empresa loca que no podia nacer sino de cerebros incapacitados de tomar una determinacion sólida. Hubiera sido menester en los primeros momentos espedir á Gorea bajo las órdenes de un oficial una embarcacion que no hubiera tardado en regresar, con socorros para los náufragos. Entre tanto el comandante debia permanecer á bordo de la fragata, y el teniente á bordo de la balsa, donde su presencia hubiera sido conveniente para mantener la decencia, la sangre fria y la obediencia. Lo que apoya esta proposicion, mas que todo, es que la fragata se encontró cincuenta dias despues del infausto suceso, habitada aun por algunos hombres. El brick Argos perdió un tiempo precioso en busca de la balsa cuya posicion no podia calcular, y si hubiera permanecido anclada, hubiera acudido al banco en que ocurrió el naufragio, y recogido los que permanecieran en la fragata ó en la balsa.

Muy lejos de adoptar estas medidas previsoras que no podian ser sino resultado de presencia de espíritu, trataron de abandonar la embarcacion y de que las lanchas remolcasen la balsa, sin reflexionar la fatiga que ocasionaria aquella pesada máquina arrastrada á fuerza de remo en tiempo de calma. El auxilio de una vela disminuia estos inconvenientes; pero aun asi y todo debia retardarse mucho la marcha de las embarcaciones, y de consiguiente la salvacion de la tripulacion.

Ahora bien, ¿es presumible, que hombres razonables tuviesen la intencion sincera de llevar á cabo esta empresa? ¿No sería un recurso sugerido para diferir las amenazas de hombres exasperados á los cuales se hacia concebir esperanzas de que no podia participarse? ¿No habria tal vez por un horrible sentimiento de egoismo, el pensamiento de escapar tan pronto como

la ocasion se presentase? De cualquier modo que sea, fué el caso que en la lancha principal montaron treinta y cinco personas, entre las cuales se contaba el gobernador nombrado para el Senegal con su familia; en otra un poco mas pequeña se agruparon hasta cuarenta y dos; la lancha del comandante recibió veinte y ocho; la chalupa, á pesar de su mal estado, embarcó ochenta y ocho marineros, y en otra de ocho remos veinte y cinco. El secretario del gobierno de la colonia con su familia se refugió á bordo de una yola ó barca chata. La balsa tan mal construida y dispuesta como estaba acogió ciento cincuenta y dos personas y la mandaba un aspirante de marina de primera clase (1); en la fragata, rasa como un ponton é inclinada sobre la banda de babor, quedaron diez y siete personas que no quisieron embarcarse.

Se hizo la señal de partida, y se partió, pero sucesivamente largaron las dos lanchas principales las amarras que les enlazaban á la balsa, quedando de remolque tan solo una lancha. A esta tambien se le rompieron aquellas, ó mas bien, á pensar como los historiadores de este naufragio, fueron cortadas por orden del que mandaba la embarcacion. Evidentemente este frágil esquife debia por sí solo ser impotente para remolcar aquella pesadísima masa, y por el contrario debia arrastrarlo á él. Debía esperarse en efecto la inutilidad de las tentativas practicadas para la marcha de la balsa, pero no que fuese abandonada en medio del Océano, sin esperanza de socorro. Se escusa este proceder diciendo que el ejemplo de la lancha comandante que se alejó precipitadamente, fué causa de la defeccion de las demas; ¿pero queda así á cubierto la responsabilidad de aquellos en quienes declinaba la autoridad de comandante despues de la ausencia de este?

Las dos embarcaciones que montaban el gobernador y el comandante de la fragata, ganaron sin accidente alguno el Se-

(1) Coudin era su nombre digno de memoria.

negal y se instalaron á bordo de la corbeta Eco, que hacia ya muchos dias estaba en la rada de San Luis. Al momento se celebró un consejo con el fin de convenir en los medios mas rápidos y seguros de socorrer á los náufragos abandonados en las embarcaciones, en la balsa y en el casco de la fragata.

La chalupa, tan sobrecargada de gente, no pudo hacer uso de los remos y las velas, porque á las perseverantes calmas habia reemplazado un viento bastante fresco, y la violencia de las corrientes, de gran fuerza en aquellas regiones, la arrastraron hácia tierra. Muchos de aquellos infelices decidieron desembarcar antes que continuar una navegacion tan incierta, y asi lo efectuaron hasta sesenta y tres, que tomaron tierra provistos de armas y de toda la galleta que pudieron, á una legua Norte del cabo de Mirick, y á noventa de la isla de San Luis. La chalupa se incorporó una hora despues á las demas embarcaciones, pero mas tarde atormentados por la sed, les fué menester tomar el mismo partido que sus camaradas, cuyo ejemplo siguieron otras dos lanchas y la yola que caminaban juntas á la vista. Toda esta gente desembarcó á cuarenta leguas de la isla de San Luis. Todos los náufragos de estas diversas embarcaciones, constituyeron una caravana que se puso en marcha para ganar el Senegal, pero al atravesar el desierto pasaron muchos trabajos por efecto de la perfidia de los moros, de la escasez de víveres, y del cansancio y calor que espermentaron. Probablemente hubieran sucumbido á no ser por el Argos que los divisó sobre la costa, y envió algunos socorros; y por los ingleses que enviaron por tierra á su encuentro algunos camellos con subsistencias y cuanto podia serles útil para continuar su camino. El 12 á las siete de la tarde llegaron á San Luis sin nuevo accidente ni perder ninguno de los suyos.

Pero volvamos hácia los que quedaron abandonados en la funesta balsa. Cuando perdieron de vista las embarcaciones, buedaron petrificados de estupor, y su desesperacion estalló en imprecaciones contra los que les habian engañado para aban-

donarlos. Sin embargo, la necesidad infundió un poco de calma y subordinacion á fin de establecer algun órden en la distribucion de los pocos víveres que quedaban; pero toda la galleta empapada de agua como estaba la devoraron en un solo dia. Las esperanzas que forjaban respecto del pronto socorro que les suministrarían las embarcaciones les hizo poco cautos para el porvenir. La noche que siguió á su abandono la pasaron toda zarandeados por las olas, las cuales les hacian chocar unos contra otros ó caer entre los mal unidos maderos que formaban la balsa. Muchos perecieron y se mutilaron por esta causa; otros fueron arrebatados por el mar, á causa de la violencia de las sacudidas, y otros se tiraron á él para terminar voluntariamente sus padecimientos. Al dia siguiente, se echaron veinte hombres de menos al distribuir los víveres. La noche de aquel dia fué aun mas horrible; sopló el viento con violencia y enormes montañas de agua pasaban por encima de los desventurados náufragos estrellándose en ellos con furor. Agrupáronse cuanto pudieron al centro de la balsa, punto de ella mas sólido, pereciendo casi todos los que no pudieron alcanzar aquel puerto. Tan desesperadamente se apiñaban que muchos desgraciados perecieron tambien ahogados bajo el peso de sus mismos camaradas. Los soldados y marineros creyendo firmemente que iban á abismarse, decidieron dulcificar sus últimos momento bebiendo hasta perder la razon: hicieron un agujero á una barrica de vino, la cual rodearon sin obstáculo de parte de los oficiales, que participaban ya de su desaliento, y trataron de emborracharse. El agua del mar que se mezclaba al chorro de vino, les obligó á ceder de su propósito; pero esto no fué tan pronto que estorbaba que sus vapores trastornasen aquellos cerebros debilitados por fatigas sin tregua, por el temor de la muerte y la falta de alimento. Sordos á la voz de la razon, concibieron el pensamiento de cortar las ligaduras de la balsa y hundirse de este modo en las olas con sus compañeros de infortunio. Manifestaron en voz alta la intencion de deshacerse de los gefes que po-

dian oponerse á sus designios, al tiempo mismo que enarbolaron los sables y cargaron furiosamente sobre ellos, combinando como un placer esta á las demas causas de destruccion que por todas partes les asediaban. Los frágiles maderos que les sostenian apenas, se tiñeron de sangre, y una vez iniciado el crimen no se detubieron en su camino. Aquellos que en todas ocasiones hubieran tenido el derecho de hacerse obedecer, se hallaban á merced de aquella desesperada turba, entre la que habia hombres marcados ya con el hierro reprobador de la sociedad, y que entonces dando rienda suelta á sus malvados pensamientos se complacian en el goce infernal de hacer en la tierra impunemente, antes de sucumbir, todo el mal posible. Los oficiales y pasajeros que conservaban aun sangre fria, que estaban bien armados y sin el inconveniente de la embriaguez, se retiraron á un extremo de la balsa en el que se defendieron de sus furiosos enemigos matando gran número de ellos y precipitando al agua sus cadáveres. A pesar de todo, el hambre, la escasez de provisiones fué entre los que sobrevivieron manantial de disensiones continuas. La exasperacion y el furor producido por tantos padecimientos, aniquilaron todo sentimiento de humanidad. La pluma se resiste á describir las repugnantes y horrorosas escenas por que pasaron los que aun sobrevivian. Estos desgraciados á quienes un prolongado ayuno tenia reducidos á una estrema estenuacion, y cuyas heridas ensangrentadas se abrian á cada paso por efecto de las sacudidas de las olas, lanzaban gritos dolorosos, y para prolongar por algunas horas tan miserable existencia bebian sus propios orines y se alimentaban con las carnes de los camaradas que habian perecido. De ciento cincuenta y dos que entraron en la balsa no quedaban mas que treinta. Dos hombres á quienes encontraron bebiendo fraudulentamente de la única barrica de vino que quedaba, fueron arrojados al mar. La vida de un niño de doce años, discipulo de marina objeto de la ternura y cuidado de toda la tripulacion por su figura angelical, su voz dulce, su es-

celente carácter y valor, se estinguió como una luz falta de alimento. Quedaban veinte y siete, dice la relacion de uno de los actores de esta terrible escena (4), y de ellos solo quince parecian destinados á poder prolongar su existencia algunos dias, los restantes estaban cubiertos de heridas y llagas y habian perdido la razon. Sin embargo, como aun se les contaba para la distribucion de nuestras provisiones, y podian consumir antes de morir treinta ó cuarenta botellas de vino que nos eran de un valor inestimables, se puso á deliberacion lo que debia hacerse, y se tomó la execrable resolucion de que los quince mas fuertes arrojarian al mar á los otros quince mas débiles, lo que fué al punto ejecutado.

Seis dias despues fueron divisados y recogidos por el Argo los quince desgraciados que sobrevivieron en la balsa, los cuales parecian mejor que hombres, cadáveres á quienes se hubiera arrancado la epidermis. Una vez en la isla de San Luis, sucumbieron aun cinco, á pesar de los esmerados cuidados que se les prodigaron, salvándose por lo tanto diez tan solamente de los ciento cincuenta y dos refugiados en la balsa, los cuales, en sus horribles descripciones, enseñaron cuantos crímenes y padecimientos puede acumular y soportar el hombre en el corto espacio de quince dias.

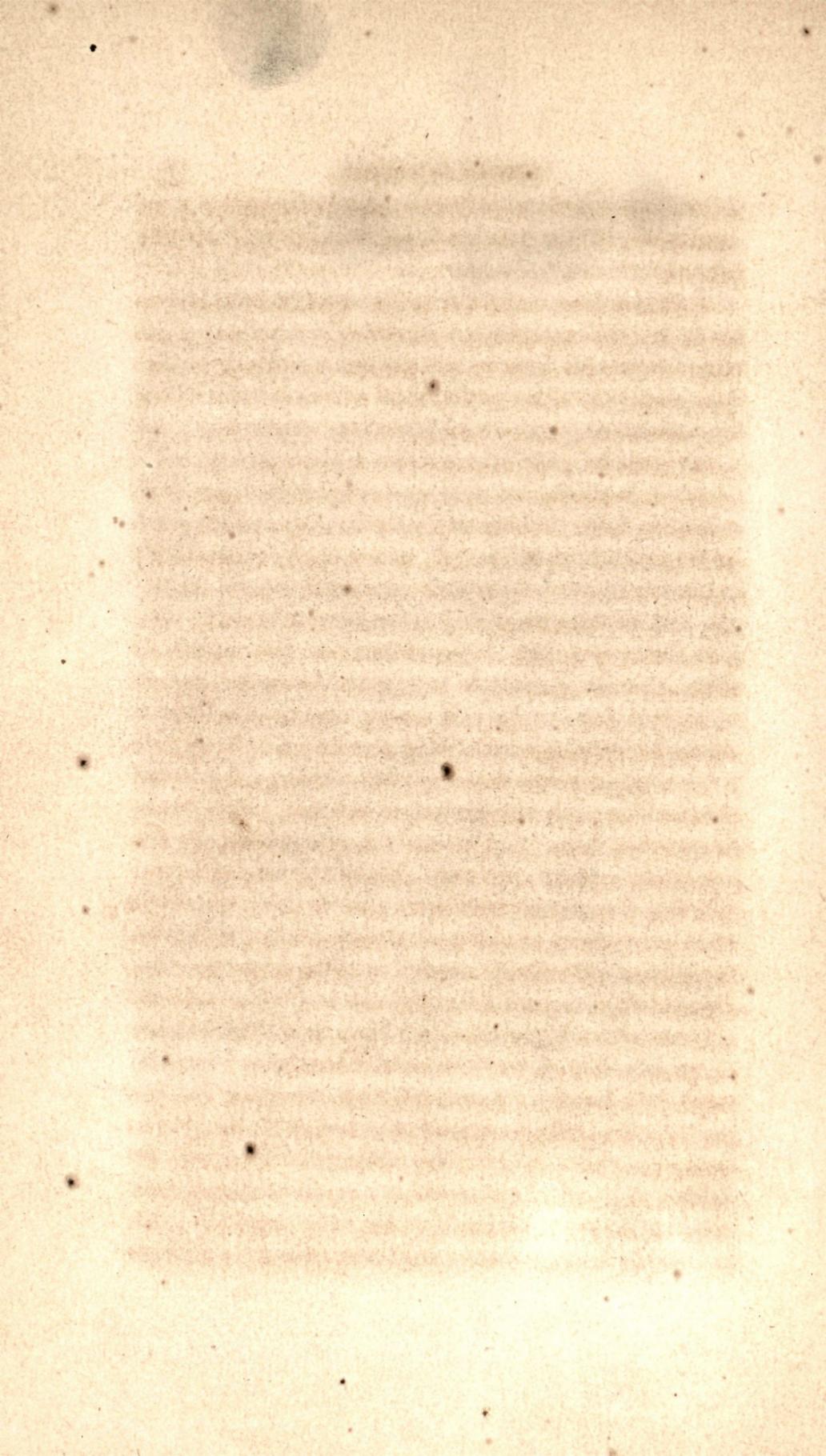
La naturaleza muchas veces procura en el exceso de nuestros males un alivio y hasta una compensacion de ellos mismos; los desgraciados de la balsa perdian con la razon el sentimiento de su horrorosa situacion. La debilidad les hacia aletargarse en una especie de soñolencia, de la cual despertaban con la mirada radiante y poseidos de las mas dulces ilusiones. Mr. Correard, afectado de este mal que hace prorumpir en gozosas exclamaciones y en deseos de arrojarse al mar para ganar las hermosas praderas que se cree distinguir ya á un paso, se figuraba hallarse en los vergeles de Italia; otros en su delirio

(4) Correard, quinta edicion, página 140.



Los quince desgraciados que sobrevivieron fueron hallados por el Argos.





se creían aun á bordo de la Medusa, navegando pacífica y sosegadamente, y otros llamaban á los navíos que se les figuraba venir en su socorro.

Hallada la balsa, se trató de acudir en busca de las lanchas que no habían llegado con la del gobernador, puesto que sin víveres su posición debía ser aun mas crítica que la de los naufragos de la fragata, los cuales, si el mar no la había deshecho, subsistirían tal vez con los víveres que quedasen.

Sin embargo, como la fragata traía á bordo, para las necesidades de la colonia, una suma de cien mil francos, que nunca se pudo hallar, se dispuso, aunque tarde, para proveer á las exigencias de la humanidad, enviar una goleta encargada de socorrer los que hallára, y de registrar el interior del buque, á fin de descubrir el dinero. Dos veces se hizo á la vela, y dos veces, por efecto de temporales, tuvo que regresar al punto de partida, despues de navegar inútilmente por espacio de algunos dias; por fin á la tercera llegó hasta la Medusa, cincuenta y dos dias despues de su abandono. Las diez y siete personas que quedaron dentro de ella, reunieron al principio todos los víveres que pudieron estraer de la cala, y en tanto que duraron reinó la paz; pero pasaron cuarenta dias sin que llegase el socorro que aguardaban, y entonces doce de los mas valerosos é intrépidos resolvieron ganar la tierra, para cuyo efecto construyeron una balsa con algunos despojos del buque. Debieron ser víctimas de su temeridad, á juzgar por los restos de la balsa que fueron hallados por los moros en la costa del desierto de Sahara. Algunos dias despues de la partida de esta balsa quiso tambien un marinero ganar la costa asido á otro fragmento de la fragata, y pereció á vista de esta. Aquellos desgraciados si no hubieran perecido á merced de las olas, es casi seguro que ellos y sus compañeros hubieran sido víctimas del hambre. Los cuatro que quedaron á bordo decidieron morir allí antes que esponerse á peligros que creían imposible superar. Uno de los cuatro murió de hambre poco antes de llegar

la goleta. Los tres restantes estaban en malísimo estado de estenuacion: con dos dias mas que hubiera tardado el socorro, no hubieran hallado mas que cadáveres. Estos desventurados ocupaba cada uno un nicho separado, del que no salian sino para buscar víveres, que en los últimos dias consistian en un poco de aguardiente, sebo y tocino salado. Cuando encontraban algo se perseguian entre sí cuchillo en mano. Mientras no faltó el vino y algunas otras provisiones, pudieron sostenerse medianamente, pero cuando solo les quedó aguardiente, se debilitaron mas cada dia. Por fin hallaron reunidos á su llegada á la isla de San Luis á todos los que se habian librado de aquellos desastres.

Los sesenta y tres hombres que hemos dicho que desembarcaron cerca del cabo de Minick confiaron el mando y direccion de la caravana á un sargento llamado Petit, jóven de veinte y ocho años, enérgico é inteligente. Antes de ponerse en marcha se contó los que habia, y no se encontraron mas que cincuenta y siete. Al tocar en tierra se habian separado seis individuos de sus compañeros de infortunio: de este número era el naturalista Kummer, que se alejó con la esperanza de que los moros le suministrarían con que satisfacer la sed y el hambre.

Púsose en camino la caravana de los cincuenta y siete, sufriendo el rigor de un sol abrasador, y sin hallar recurso que mitigara su sed. Por la tarde llegaron á unas colinas de arena próximas al mar, donde encontraron algunos chozos deshabitados, alrededor de los que se veian restos de langosta y despojos de algunas comidas.

El 7 aprovechando la frescura de la mañana se pusieron en marcha á las dos: la sed les mortificaba mucho; probaron algunos beber agua del mar, pero les produjo cólicos y vómitos horribles; bebieron los orines, pero este recurso se les agotó muy en breve; otros tuvieron la feliz idea de abrir en la tierra, próximo al mar, pozos que les suministró agua fangosa, pero menos salada y nociva que la del Océano. No obstante es-